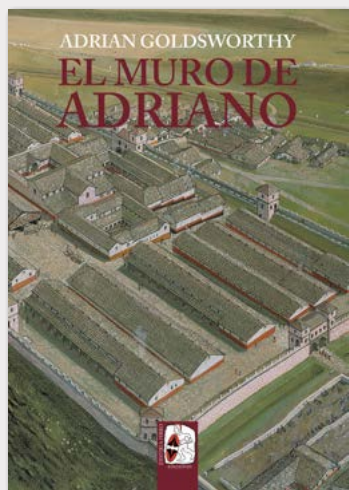


## El muro de Adriano como nunca lo has visto

La dura vida en la frontera, en el último confín de Roma. Un bastión de 118 kilómetros y diecinueve siglos de antigüedad que divide Gran Bretaña en dos. A todo color. El prestigioso historiador Adrian Goldsworthy, uno de los mayores expertos mundiales en Roma, nos desvela cómo era vivir en la periferia del Imperio en un exquisito libro ilustrado.



**El muro de Adriano**  
978-84-127166-0-3  
21 x 29,7 cm  
160 páginas  
Rústica con solapas  
P.V.P. 27,95 €

No hay mayor símbolo de separación que un muro y no existe muro más conocido en Occidente que el muro de Adriano. Esta colosal obra de ingeniería se construyó en el siglo II para separar a los «bárbaros» caledonios y pictos de la «civilizada» provincia romana de Britania. Desde entonces ha vivido incontables días, soportado intensas lluvias y acompañado a miles de hombres. Sus restos permanecen, orgullosos, como el mayor monumento romano y uno de los más famosos.

Con una historia de diecinueve siglos y una extensión de 118 kilómetros que atraviesan el norte de la isla de Gran Bretaña –entre Solway y el estuario del río Tyne–, el muro llegó a incluir 15 fortalezas, una cada docena de kilómetros, para albergar las guarniciones permanentes que separaban a Roma de la barbarie. Su función no sería tanto detener a unos eventuales atacantes, algo imposible ante su extensión, sino ralentizar o incluso disuadirlos de tales intenciones. Mientras estuviera bien protegido sería difícil atravesarlo.

Apoyándose en las contribuciones de arqueólogos y especialistas, el afamado historiador Adrian Goldsworthy, uno de los mayores expertos mundiales en la Roma antigua, ofrece una importante aportación al estudio de la frontera en la periferia del Imperio romano. Cuenta, además, con un espectacular aparato gráfico que conjuga ilustraciones de maestros como Peter Connolly o Graham Sumner con evocadoras fotografías que nos trasladan a un mundo de frontera, donde los legionarios patrullaban entre nieblas y nieves. Cuando los romanos abandonaron Britania entre 410 y 450, esta estructura quedaría como la larga cicatriz de la última avanzadilla imperial, el último confín de Roma.



**Adrian Goldsworthy** nació en 1969 y estudió Historia Antigua y Moderna en el St John's College de la Universidad de Oxford, donde en 1994 obtuvo el doctorado historia antigua, con una tesis acerca del Ejército romano como fuerza de combate entre 100 a. C. y 200 d. C., publicada en español en 2005 como *El ejército romano* (Akal). Como para tantos otros, su fascinación por la historia nace de ver peplums en la televisión y de los libros de Astérix, que adora. Fue investigador junior en la Universidad de Cardiff durante dos años y posteriormente enseñó a tiempo parcial en el King's College de Londres y fue profesor adjunto en el programa de Londres de la Universidad de Notre Dame durante seis años.

En librerías el miércoles 4 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano - Comunicación

Tel. 616 404 434 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SE HA DICHO DE *EL MURO DE ADRIANO*

«Goldsworthy es una guía de erudición... Como introducción a la historia de uno de los logros más impresionantes de la ingeniería antigua, el libro de Goldsworthy es un éxito total... El compañero perfecto para explorar los restos del muro hoy en día».

*BBC History Magazine*

«Goldsworthy es especialmente bueno recreando las vidas vividas en él».

*Country Life*

«[Goldsworthy] proporciona una guía clara y concisa de uno de los lugares favoritos de Gran Bretaña y nos transporta a la vida fronteriza del Imperio Romano en otra época vital de nuestra historia».

*Revista Minerva*

«Goldsworthy da vida al Muro de Adriano en este libro detallado y bellamente ilustrado».

*Westmorland Gazette*

«Una animada introducción al artefacto romano más grande que se conserva en la Tierra».

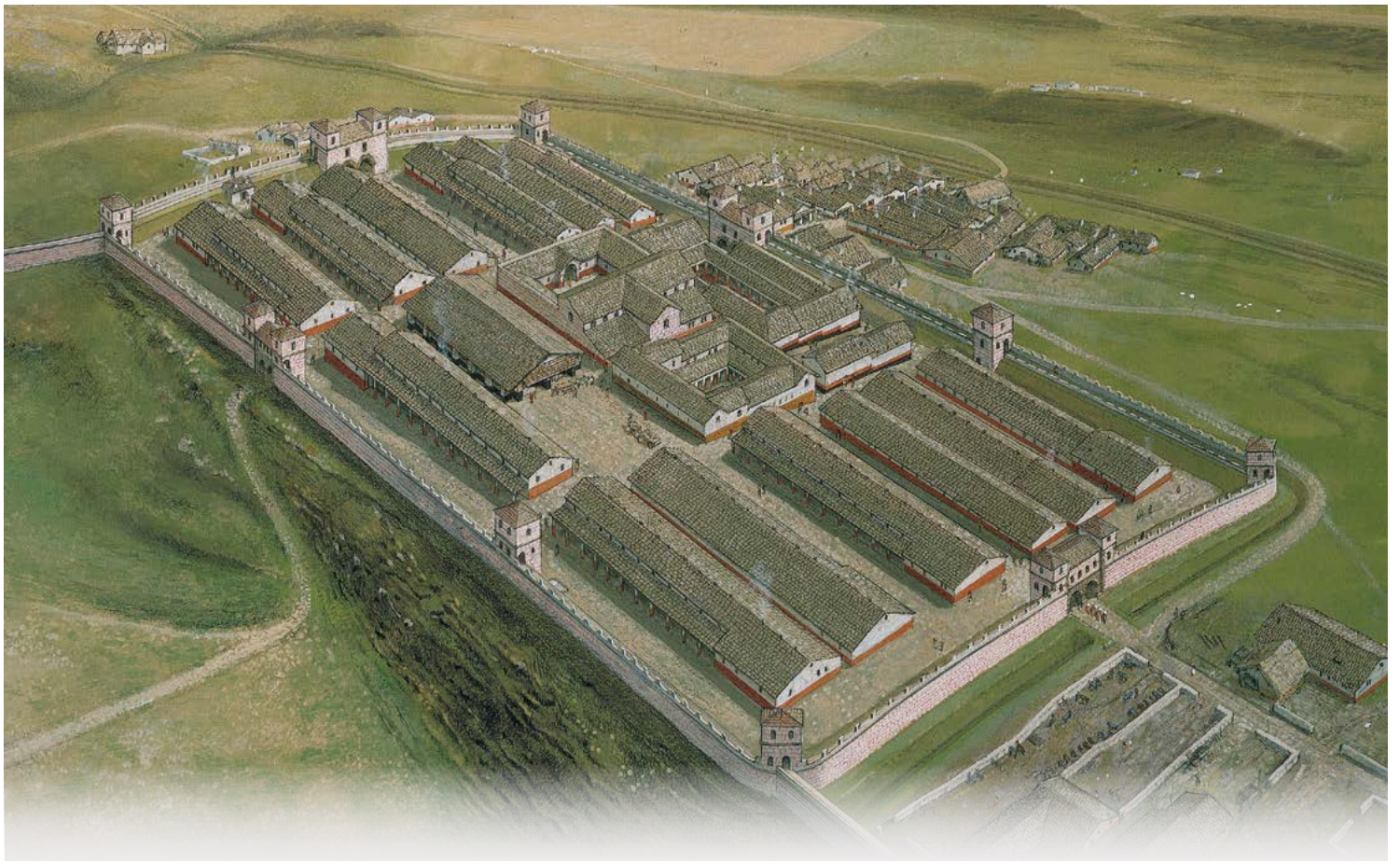
*World of Cruising*

«Un nuevo relato sucinto y eminentemente sensato sobre el Muro de Adriano».

*The New Criterion*

DOSIER DE PRENSA





## LAS CLAVES DEL LIBRO

El conocido historiador Adrian Goldsworthy, uno de los mayores expertos mundiales en la Roma antigua, nos desvela cómo era vivir en la periferia del Imperio romano.

---

Con un espectacular aparato gráfico que combina ilustraciones de maestros como Peter Connolly o Graham Sumner y magníficas fotografías que nos trasladan a un mundo de frontera, donde los legionarios patrullaban entre nieblas y nieves.

---

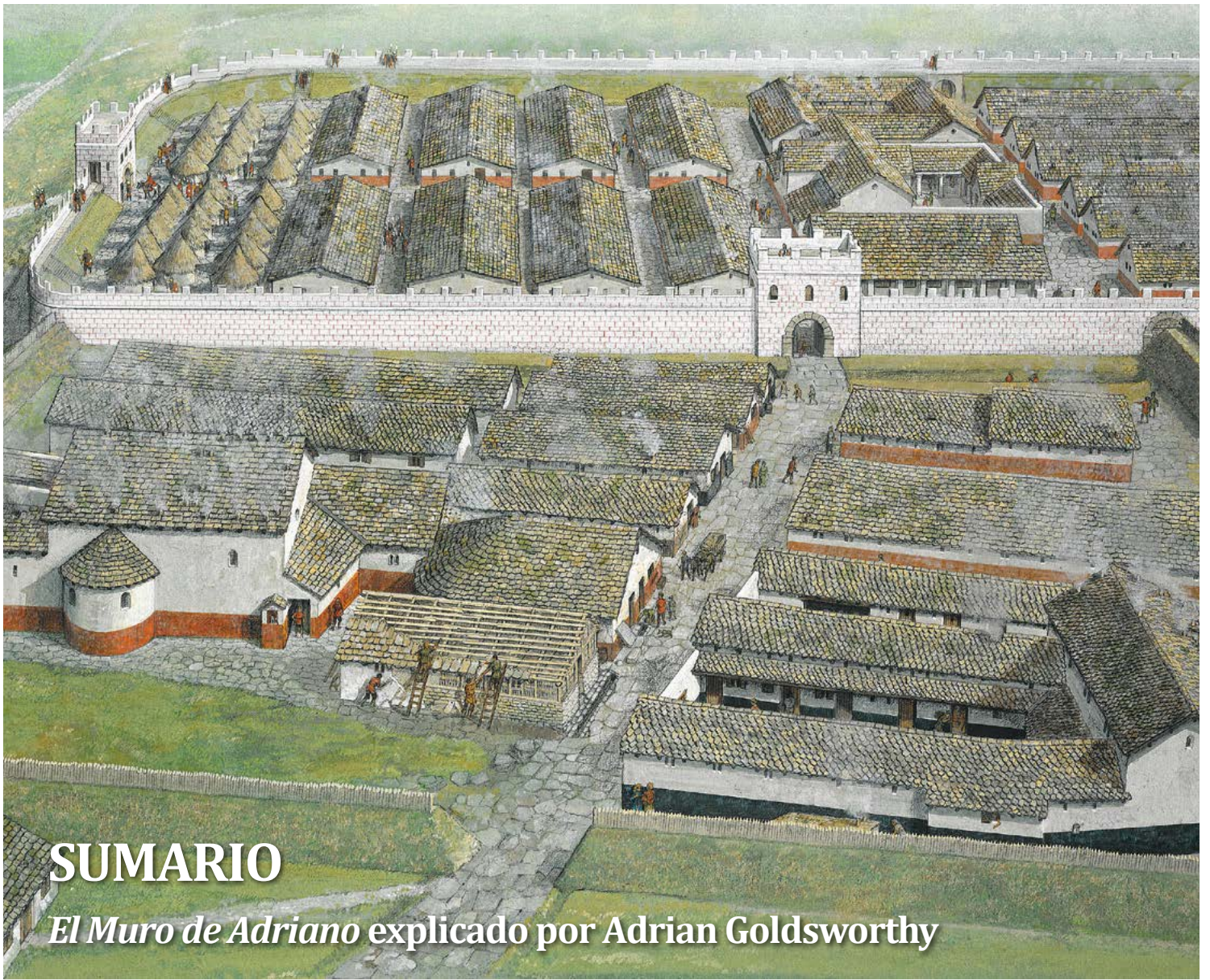
Un libro que recorre la historia del último extremo de Roma, un bastión de 118 kilómetros, quince fortalezas y 19 siglos de existencia que ahora podemos descubrir en un espectacular formato ilustrado.

---

Una importante aportación al estudio de la frontera en la periferia del Imperio romano en un libro de fácil acceso gracias a un autor de reconocido prestigio y una colección de mapas, ilustraciones y fotografías originales de gran calidad.

---

DOSIER DE PRENSA



## SUMARIO

### *El Muro de Adriano explicado por Adrian Goldsworthy*

#### **EN POCAS PALABRAS**

Acerca del muro de Adriano tenemos muy pocas respuestas definitivas, un buen puñado de teorías y un número aún mayor de incógnitas. El presente libro no puede aspirar a explorarlas todas en detalle, sino que tan solo pretende dar una idea del modo en el que los especialistas interpretan la estructura y el lugar que esta ocupó en la historia de la Britania romana.

En lugar de discutir las distintas teorías en torno a cada asunto, en ocasiones, el libro se limitará a recoger la que considero la más probable. Sin embargo, los lectores interesados podrán acceder a la considerable bibliografía existente en relación con cada tema gracias a las obras citadas al final del volumen.

Mi premisa central, en cualquier caso, es que el muro de Adriano y todas las instalaciones vinculadas con este se edificaron para respaldar al Ejército romano en las diversas tareas que sus integrantes desempeñaban en el norte de Britania.

Los soldados, en definitiva, no estaban allí al servicio del muro, sino que era el muro el que estaba a su disposición. Esta afirmación puede parecer obvia, pero con frecuencia tendemos a focalizar nuestros pensamientos en los restos materiales a expensas de unos seres humanos cuyas vidas y actividades no dejaron una huella tan tangible. La extraordinaria escala y longevidad del muro de Adriano demuestran que tuvo una función práctica y que, al menos durante la mayor parte de su historia, la desempeñó con eficacia. De eso, al menos, podemos estar seguros.

En cambio, cuando tratamos de identificar cuál fue dicha función y el modo en el que se modificó con el tiempo, nos sorprende la sensación de estar resolviendo un rompecabezas; uno al que le falta la mayoría de las piezas y cuya caja, con la fotografía del puzzle ya completo, nadie se molestó en guardar, por lo que no podemos emplearla como guía.

# LA VIDA EN EL MURO DE ADRIANO

La mayor parte de la superficie de cada fuerte estaba dedicada al alojamiento de las tropas, si bien el número de edificios variaba según el tipo de unidad acantonada. Así, por ejemplo, un barracón de infantería estaba diseñado para alojar a toda una centuria de ochenta soldados.

Dos o hasta tres hombres podrían haber compartido un mismo jergón o catre, un arreglo frecuente durante buena parte de la historia humana por extraño que nos pueda parecer a quienes hemos nacido en la era de la calefacción central.

Al igual que los barracones de infantería, también estos complejos mixtos de dependencias y establos contaban en uno de sus extremos con un conjunto de estancias destinadas al comandante y otros suboficiales.

La coexistencia tan estrecha de hombres y animales haría que el persistente hedor del sudor de los caballos, el estiércol, el cuero húmedo de los arneses y las sillas, la paja y el grano se confundiera con los olores de la ropa, la comida y la cocina humanas.

Entre los habitantes del fuerte se contaban también los esclavos, que incluía a muchos que eran patrimonio del propio Ejército, los *galearii* o «portadores de casco», a quienes se les proporcionaba un sencillo uniforme y un adiestramiento básico. Sin embargo, ellos no eran los únicos no combatientes residentes en las bases militares.

En Vindolanda tenemos datos fehacientes de que las familias vivían en los propios barracones junto a los soldados, pues entre los juncos y la paja que alfombraban las estancias han aparecido abundantes objetos asociados a ellas, como zapatos.



## ÍNDICE

Agradecimientos  
Cronología  
Introducción

### **CAPÍTULO 1**

Britania: la avanzadilla del imperio

### **CAPÍTULO 2**

Adriano: el hombre, el emperador y su plan maestro

### **CAPÍTULO 3**

La edificación y la dotación del muro: legiones y *auxilia*

### **CAPÍTULO 4**

Nuevas perspectivas: de Antonino Pío a Septimio Severo

### **CAPÍTULO 5**

La anatomía del muro de Adriano

### **CAPÍTULO 6**

Fuertes y ciudades: soldados y civiles

### **CAPÍTULO 7**

La vida en el muro

### **CAPÍTULO 8**

¿Cómo funcionaba el muro de Adriano? Los datos a examen

### **CAPÍTULO 9**

Los nuevos tiempos y el final del imperio

### **CAPÍTULO 10**

Visitar el muro de Adriano

Apéndice

Bibliografía y algunas lecturas complementarias

Índice analítico

# DOSIER DE PRENSA



# INTRODUCCIÓN

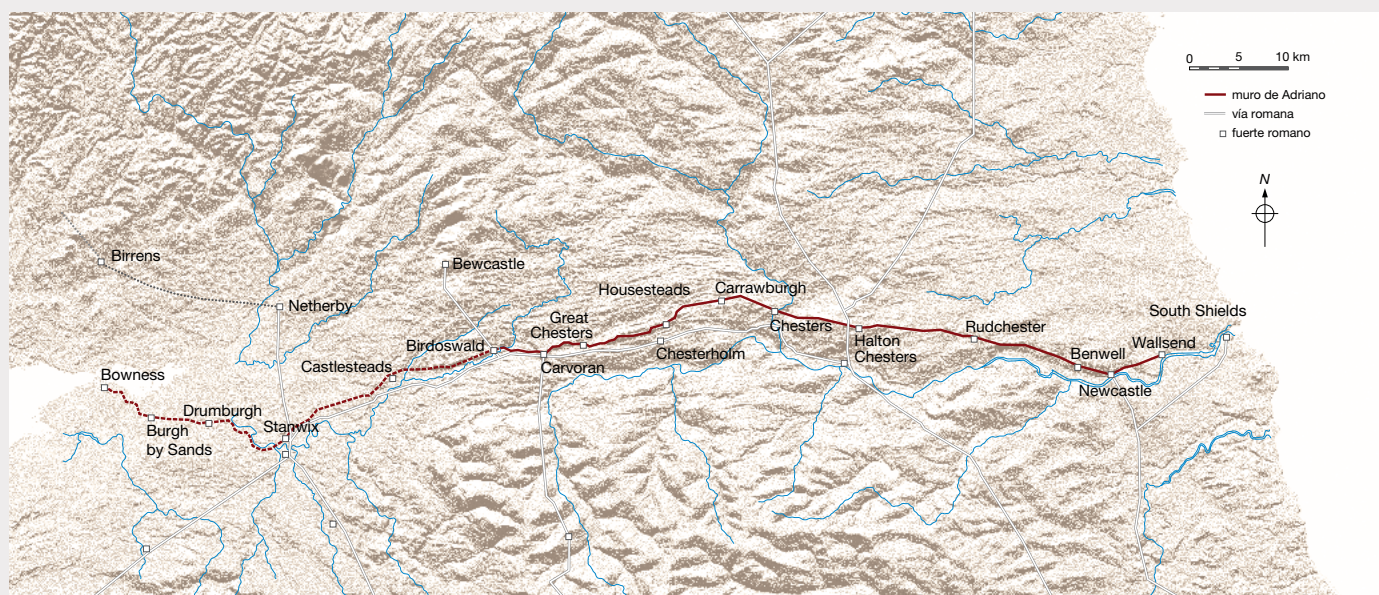
El muro de Adriano es algo especial y no solo para quienes nos reconocemos apasionados por la Antigua Roma y el Ejército romano.

La estructura se prolonga unos 118 km y atraviesa de costa a costa el norte de Gran Bretaña. Aunque este dato es impresionante de por sí, lo cierto es que su tamaño queda empequeñecido por el complejo de fortificaciones que componen lo que solemos conocer como Gran Muralla china, que, además, se mantuvo en uso durante un periodo mucho más largo que los «escasos» tres siglos, aproximadamente, del muro de Adriano. Por otra parte, el muro se levantó en los márgenes de la Britania romana, ubicada, a su vez, en la periferia del Imperio romano, cuyas fronteras discurrían a través de miles de kilómetros por ríos, montañas y desiertos. En este sentido, el muro de Adriano no fue más que una pequeña pieza del dispositivo romano de defensa y control de sus fronteras y rara vez ocupó los pensamientos de los emperadores que rigieron este gigantesco imperio.

Ahora bien, pese a todo lo antedicho, el muro constituye una construcción singular, diferente a cualquier otra frontera romana. En ningún otro sitio se erigieron unas defensas tan elaboradas ni a una escala tan monumental y en ningún otro lugar hemos conservado tantos restos arqueológicos en una zona tan reducida. De hecho, en cierta manera, es probable que el muro tenga más peso en nuestra percepción del mundo romano que en la de los propios romanos, de igual modo que la provincial y casi vulgar

Pompeya y el más sofisticado Herculano han condicionado nuestras ideas acerca de la vida urbana y el arte debido, únicamente, a la catástrofe que posibilitó su extraordinario estado de preservación. No obstante, puesto que hemos perdido para siempre una parte tan importante del mundo antiguo, los yacimientos conservados a menudo adquieren mucha más relevancia que la que en su momento poseyeron como comunidades vivas. En 1987, el muro de Adriano fue designado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad y en 2005 se incorporó a una declaración patrimonial más amplia denominada «Fronteras del Imperio Romano», lo que atestigua su importancia. Alrededor de un 90 por ciento de la estructura resulta invisible a simple vista en la actualidad y, pese a ello, continúa siendo el mayor monumento conservado del Imperio romano, así como también uno de los más célebres.

Se trata, asimismo, de uno de los yacimientos más visitados. Aun careciendo de los detalles íntimos y de la dramática historia de Pompeya y Herculano, de la obvia importancia histórica de la propia Roma o de la espectacularidad de los teatros, anfiteatros, templos y acueductos que jalonan el imperio, decenas de miles de turistas acuden anualmente para contemplarlo, para caminar por el Sendero del muro de Adriano o para conocer los vestigios arqueológicos de los fuertes o de la propia muralla. La mayoría de ellos confluye en el sector central, donde se conserva la mayor parte del muro, serpenteado por un paisaje de cordilleras y farallones.



## CAPÍTULO 1

# BRITANIA: LA AVANZADILLA DEL IMPERIO

La isla a la que los romanos denominaban Britania albergaba una pléyade de distintos pueblos divididos en tribus. Los conflictos entre ellos estaban a la orden del día, las luchas internas por el poder no eran infrecuentes y no parece que existiera una percepción de pertenencia a una entidad común. A la llegada de los romanos, muchos líderes optaron por aliarse con ellos por considerarlos una amenaza menor que la que representaban sus vecinos y enemigos tradicionales. En 60 d. C., sin embargo, el maltrato dispensado a uno de estos aliados, la reina Boudica de los icenos, condujo a esta a liderar una sublevación que devastó toda la provincia y en el curso de la cual la colonia de veteranos de Camulodunum, el floreciente enclave comercial de Londinium (Londres) y el núcleo tribal de Verulamium (Saint Albans) fueron entregados al saqueo. A pesar de que algunas tribus britanas se unieron al levantamiento, otras muchas permanecieron leales, por lo que Boudica terminó por ser derrotada en batalla y su rebelión fue sofocada con especial saña. La reconciliación subsiguiente alcanzó un notable éxito, pues las tierras bajas britanas no volvieron a levantarse contra el gobierno romano durante tres siglos y medio.

En cambio, resultó más complejo garantizar el control de lo que hoy llamamos Gales: las campañas se sucedieron hasta la década de 70 d. C. y aún después de esa fecha los romanos hubieron de mantener durante cierto tiempo una potente presencia militar en la región. De manera simultánea, las legiones se lanzaron a la invasión del norte de Inglaterra y establecieron guarniciones en el área en la que más tarde se levantó el muro de Adriano. En efecto, los recientes análisis dendrocronológicos de la madera empleada para edificar el primer fuerte

romano en Luguvalium (Carlisle) evidencian que procedía de árboles talados en 72 o 73 d. C. Cneo Julio Agrícola, gobernador de Britania entre 78 y 84 d. C., condujo las armas romanas aún más al norte y se internó en el corazón de Escocia, donde acabó con un ejército caledonio en el Mons Graupius, cuya ubicación desconocemos. En aras de consolidar la ocupación permanente de la región, se levantó una red de fuertes, entre los que destacó la fortaleza de Inchtuthil (Perthshire), diseñada para cobijar una legión completa.

Pese a todo, las sucesivas crisis militares en Germania y en el Danubio mantuvieron la atención del emperador Domiciano alejada de Britania. Una de las cuatro legiones allí estacionadas, y seguramente un gran número de auxiliares, fue

movilizada fuera de la provincia. La consiguiente merma en el número de efectivos disponibles precipitó el abandono de las bases situadas al norte de la línea que se extiende entre los estuarios de los ríos Forth y Clyde (aproximadamente, por tanto, en la región de las actuales ciudades de Edimburgo y Glasgow); una retirada que, por cierto, podemos fechar gracias a los datos numismáticos en torno a 86-87 d. C. En Inchtuthil, de hecho, las obras de algunas de las construcciones internas todavía no habían dado comienzo cuando la base fue evacuada, sus defensas quedaron desatendidas y sus edificios demolidos. El abandono de todas estas guarniciones parece ser el resultado de una orden

y no de ninguna acción hostil, de hecho, es posible que se escalonara a lo largo de varios años, pues la línea de torres y puestos de avanzadilla de la sierra de Gask se mantuvo en funcionamiento durante cierto tiempo hasta acabar también desmantelada.





## CAPÍTULO 2

# ADRIANO: EL HOMBRE, EL EMPERADOR Y SU PLAN MAESTRO

En Britania, Adriano tuvo que hacer frente a un estallido bélico, heredado, seguramente, de su predecesor. Al punto, ordenó el traslado a la isla de un experimentado gobernador de la frontera danubiana, que apenas tardó unos años en hacerse con la victoria. En 122, tomó el relevo otro comandante veterano, Aulo Platorio Nepote, cuya llegada el 17 de julio corresponde con una de las pocas fechas del periodo que conocemos con precisión, gracias, en este caso, a un documento expedido para un soldado licenciado. En algún momento de aquel mismo año, el propio Adriano acudió en persona a la isla y permaneció en ella durante algunos meses, época en la que la guarnición provincial fue engrosada con la llegada de una tercera legión, la *VI Victrix*. La implicación personal de Adriano en la decisión de construir el muro y en su mismo diseño parece evidente. De hecho, se suele asumir que el emperador impartió las órdenes oportunas tras visitar la región, por lo que las tareas de topografía y construcción no habrían arrancado hasta, como mínimo, el año 122.

Sin embargo, no es mucho lo que sabemos acerca de los métodos romanos de planificación y de toma de decisiones imperiales, por lo que, en realidad, no podemos estar seguros de que el proyecto no fuera sido ideado (o incluso emprendido) antes de esa fecha, en cuyo caso la visita imperial se habría producido precisamente para supervisar los progresos. Sabemos, por ejemplo, que la madera empleada para construir una empalizada a lo largo de un tramo de la frontera germana fue talada dos años antes de que Adriano visitara la región en 121, por lo que es factible que en Britania se hubieran tomado medidas previsorias semejantes.

Sea como fuere, el diseño inicial del muro de Adriano fue grandioso (aunque no tanto como llegó a ser), lo que parece indicativo de la intervención personal del emperador. A Adriano le fascinaba la arquitectura y gustaba de diseñar edificios enormes, una pasión que se reflejó,

por ejemplo, en su reconstrucción del Panteón de Roma, con su espectacular cubierta abovedada, o en su extenso complejo residencial de Tívoli. El muro tuvo un carácter más funcional, por supuesto, pero ello no fue en detrimento de unas proporciones inauditas.

La sección occidental del muro, de 31 millas romanas (46 km) desde Bowness-on-Solway, se edificó con tierra, madera y tepe, con un lienzo cuya base alcanzaba una anchura de 20 pies (6 m). A continuación, la fortificación se prolongaba hacia el este otras 49 millas romanas (73 km) mediante una muralla de piedra que culminaba a la altura de Wallsend, a orillas del Tyne. Este muro, cuya anchura rondaba los 10 pies (3 m), se diseñó exento por ambas caras, a diferencia de las murallas de piedra que, en ocasiones, protegían los fuertes y que solían reforzarse con un talud de tierra. A intervalos de una milla romana debían levantarse fortines

miliarios, pequeñas fortalezas cuya muralla norte formaba parte del propio muro y que contaban con portones tanto al norte como al sur. Entre fortín miliar y fortín miliar, y formando parte, asimismo, del propio muro, se levantaron dos torres, edificadas en piedra incluso en la sección del muro construida con tepe. Por último, el muro estaba antecedido en toda su extensión por un foso ancho y profundo, salvo en aquellos puntos en los que la naturaleza proporcionaba una defensa aún más formidable en forma de acantilados. Más allá de Bowness-on-Solway, y siguiendo las costas de Cumbria, el sistema de torres de piedra y fortines de madera y tepe se prolongaba todavía durante otras 20 millas (32 km), aunque ya sin muro y foso continuos entre ellos.

Esta cabeza de bronce, perteneciente a una estatua de Adriano de tamaño mayor del natural, apareció en el río Támesis. Adriano, con su visita en 122 d. C., se convirtió en el segundo emperador en ejercicio en desembarcar en Britania.



## CAPÍTULO 5

# LA ANATOMÍA DEL MURO DE ADRIANO

El elemento más septentrional del complejo fronterizo era el foso, una zanja que discurría frente a la mayor parte del muro, salvo en unos pocos puntos donde los accidentes naturales del entorno tornaron su construcción impracticable o superflua. Por lo general, tenía un perfil en «V», con unos 9 pies (2,7 m) de profundidad y 28 pies (8,5 m) de anchura. La tierra extraída fue apilada en su orilla norte y, a continuación, se alisó para dar lugar a un montículo de suaves pendientes, que, en la práctica, aumentó la profundidad del foso

sin ofrecer cobertura alguna a los eventuales atacantes. Aunque, en los estudios más antiguos, los diagramas representan el foso como una trinchera rectangular, hoy sabemos que esta no fue precisamente la tónica general, sino que en muchos aspectos se trató de una zanja análoga a la que circundaba cualquier campamento romano. Se respetaron pasos sobre el foso frente a los portones de los fuertes y en el diseño original parece que también fueron habituales ante los fortines miliares, aunque, como ya vimos, muchos de estos últimos pasos fueron retirados o bloqueados a finales del siglo II o principios del III.

En cualquier caso, no debe sorprendernos que se detecten considerables variaciones en el trazado de un obstáculo de más de 80 millas romanas (120 km) de longitud. Algunas partes del foso, por ejemplo, presentan una sección más próxima a una «U» que a una «V». En los sectores en los que el terreno descendía en pendiente desde el muro hallamos zonas en las que el montículo paralelo al foso fue dotado de una pendiente más empinada hacia el interior, que crea lo que en lenguaje de la poliorcética moderna se denomina contraescarpa. Por el contrario, en los lugares en los que la pendiente natural era insuficiente, se optó por excavar el foso con una pendiente interior más pronunciada, de modo que la zanja resultante en ocasiones parecía tener un solo lado. Algunas de estas estrategias alternativas generaron segmentos de foso menos profundos, pero en todos lados el dispositivo tenía idéntica función: ralentizar el paso de todo aquel que tratara de atravesar el muro desde el norte y mantenerlo el mayor tiempo posible a la vista de los defensores. Las variantes en el diseño, en todo caso, parecen más habituales en el escarpado sector central del muro. Como es bien sabido, en Limestone Corner, junto al fortín miliar 30, la cuadrilla que excavó el foso dejó en su lugar varios grandes bloques de granito. Todavía son perceptibles las marcas que grabaron sus herramientas al tratar de incrustar cuñas en las piedras para fragmentarlas, aunque, por lo que parece, en los siglos



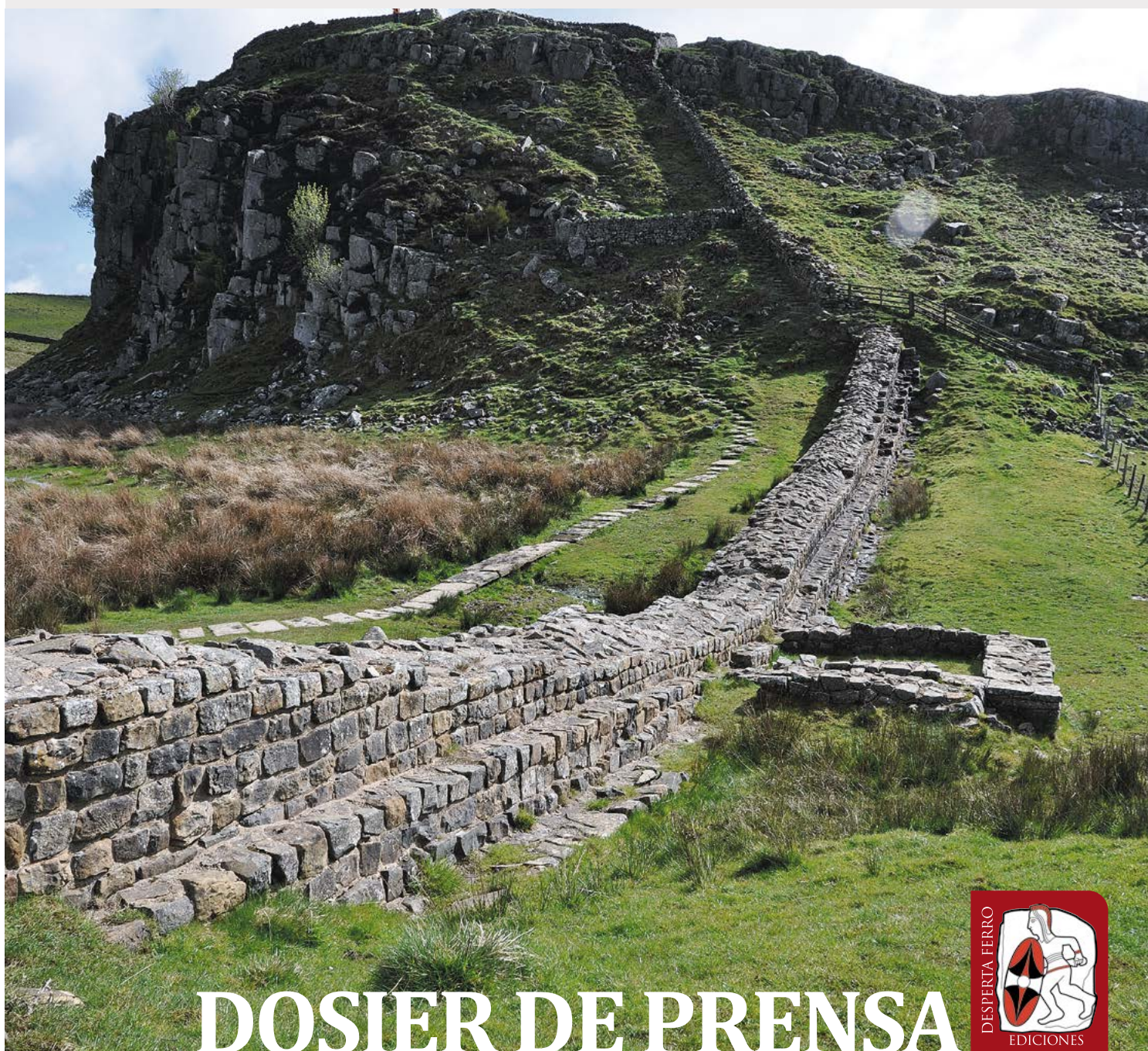
Vista en sección de una torre, representada, en este caso, con un techo recubierto de tejas. En realidad, desconocemos si se recurrió a este tipo de techumbre o si la cubierta superior de las torres estaba expuesta a los elementos.

subsiguientes nadie se tomó la molestia de completar el trabajo.

Entre la orilla interna del foso y el propio muro se extendía una franja de terreno llano que denominamos berma; una vez más, nos valemos de un término tomado de la poliorcética de la era de los cañones, pero de lo más conveniente para nosotros, pues desconocemos cómo llamaban los romanos a este elemento. En el sector del muro de piedra, la berma tenía, por lo general, una anchura de unos 20 pies (6 m), en tanto que en el del muro de tepe era significativamente más estrecha, de en torno a los 8 pies (2,5 m). De hecho, aunque se documentó por primera vez hace unas décadas, hoy sabemos que en la sección oriental del muro la berma estaba cubierta de obstáculos. Las excavaciones han revelado tres hileras de hoyos dispuestas según un patrón escaqueado, en el interior de los

cuales se erigieron grandes postes, en torno a los que, a su vez, se fijaron estacas afiladas (*cippi*). En conjunto, la estructura conformaba una cerca de púas que podríamos considerar predecesora de las modernas concertinas. En varios puntos se ha podido documentar un pequeño montículo junto a la orilla meridional del foso que dificultaría aún más el paso de quien pretendiera gatear bajo las púas o colarse entre las bases de los soportes. Es más, distintas excavaciones han demostrado que el sistema se renovó durante el siglo III. Desde luego, como sucedía con el propio foso, estos obstáculos de madera no estaban diseñados para detener por sí mismos un asalto al muro, pero sí ralentizarían a los atacantes. Cualquier intento de traspasar este elemento defensivo terminaría por generar ruido, lo que acabaría con toda esperanza de alcanzar sigilosamente la base muraria, ni siquiera de noche.

La torre adicional de Peel Gap demuestra el afán de los arquitectos del muro por adaptar sus modelos a la topografía local. Por lo que sabemos, el diseño original del muro preveía intercalar dos torres entre cada fortín miliar.



# DOSIER DE PRENSA



## CAPÍTULO 6

# FUERTES Y CIUDADES: SOLDADOS Y CIVILES

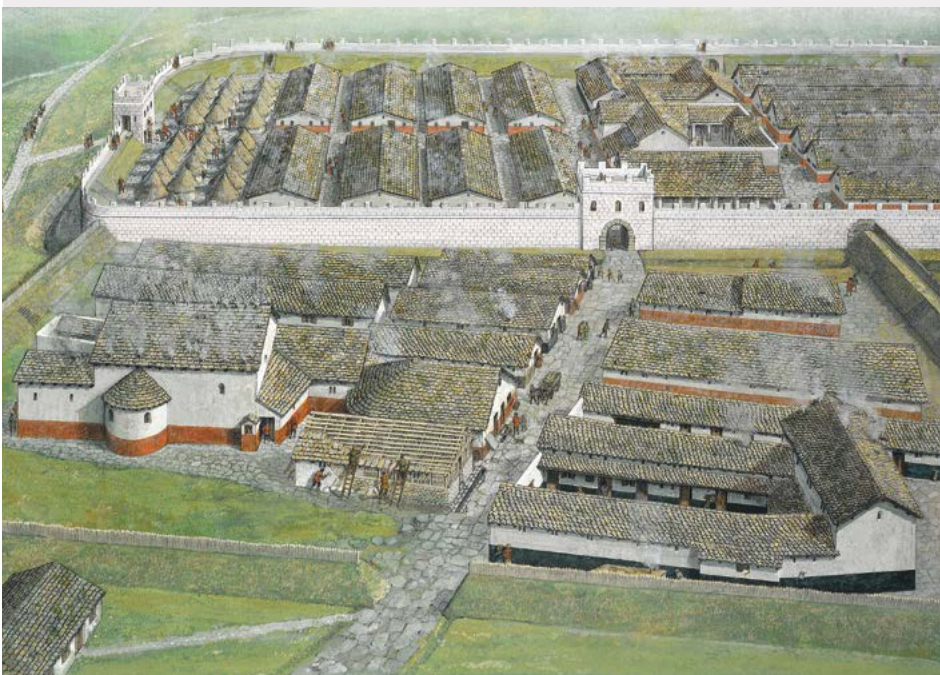
Los comerciantes, de hecho, seguían a las legiones incluso cuando estas estaban en campaña y, tan pronto como se establecía y ocupaba una nueva base militar, un asentamiento civil empezaba a florecer a su alrededor. Cuando un fuerte se convertía en permanente, también lo hacía la comunidad que vivía en torno a él, hasta el punto de que, con el tiempo, podía llegar a obtener el estatus oficial de *vicus* y cierto margen de autogobierno, ejercido por la acción conjunta de sus habitantes reconvertidos en *vicani*. En ocasiones, se construían edificios públicos, como las estaciones viarias o *mansiones*, instituidas para el hospedaje temporal de los funcionarios militares y civiles que viajaban en misión oficial. En este mismo sentido, parece que la gran mansión descubierta a las afueras del fuerte adrianeo de Vindolanda fue edificada para alojar a un personaje relevante, aunque la hipótesis de que se levantó para cobijar al propio emperador durante su visita de inspección a la frontera norte debe considerarse tan solo una conjetura atractiva. También tenemos datos, por cierto, de la existencia de barracones militares en los *vicus* de Housesteads y Birdoswald durante ciertos momentos, lo que demuestra que las inmediaciones de los fuertes no siempre fueron exclusivamente civiles.<sup>1</sup>

En todo caso, la mayoría de las estructuras de los *vicus* eran más pequeñas y sencillas que cualquier edificio oficial. El acceso a las calles, sobre todo a la principal que conducía al fuerte, estaba muy cotizado, por lo que los edificios tendían a ser alargados y de fachada estrecha, un tipo de urbanismo al que nos solemos referir como *strip housing*.

A menudo, la fachada hacía las veces de diminuto local comercial, ya fuera una tienda o una tasca, aunque también había otros establecimientos de mayores dimensiones, como tabernas, talleres o templos: la misma combinación de espacios, en definitiva, que caracterizaba cualquier ciudad o municipio romano, salvo por la ausencia de grandes edificios públicos. La mayoría de los *vicus* eran concurridos y bulliciosos y muchos llegaron a alcanzar un gran tamaño. Las recientes prospecciones en Housesteads, por ejemplo, han demostrado que el asentamiento civil se extendió por una superficie varias veces mayor que la del propio fuerte, con viviendas a uno y otro lado del Vallum. La mayoría de los *vicus* de los fuertes del muro de Adriano, bien es cierto, no alcanzó tales dimensiones, pero todos ellos llegaron a ser relevantes. Al parecer, gozaron de su momento álgido a principios del siglo III d. C., fechas en las que parecen disfrutar de una considerable prosperidad, a juzgar por la inusitada cantidad de bienes de primera necesidad que lograron importar desde lugares remotos. Sin embargo, por lo que sabemos, solo dos de ellos, Wallsend y Housesteads, terminaron por rodearse de una muralla o un foso, mientras que los demás se conformaron con guarecerse entre el Vallum y el muro. En cambio, en Maryport, en la costa de Cumbria, el *vicus* se protegió tras un foso.

A pesar de extenderse por una superficie tan amplia junto a las instalaciones militares, cada *vicus* dependía de un fuerte que constituía su auténtica razón de ser. Los campamentos amurallados se amoldaron en casi todos los aspectos al diseño típico de los fuertes auxiliares romanos del Imperio de Occidente, con una planta en forma de naipes de esquinas redondeadas y con cuatro accesos, uno en cada lado. La entrada principal, franqueada invariablemente por un doble arco, conducía a la calle más importante del fuerte, la *via praetoria*. Esta, a su vez, avanzaba hasta encontrarse en ángulo recto con la *via principalis*, la segunda en relevancia, que conectaba las dos entradas laterales del fuerte y en torno a la cual se articulaban los principales edificios de la base.

Recreación de Vindolanda hacia 200 d. C. El fuerte se extendía por la misma superficie que los restos pétreos que todavía son visibles en nuestros días.



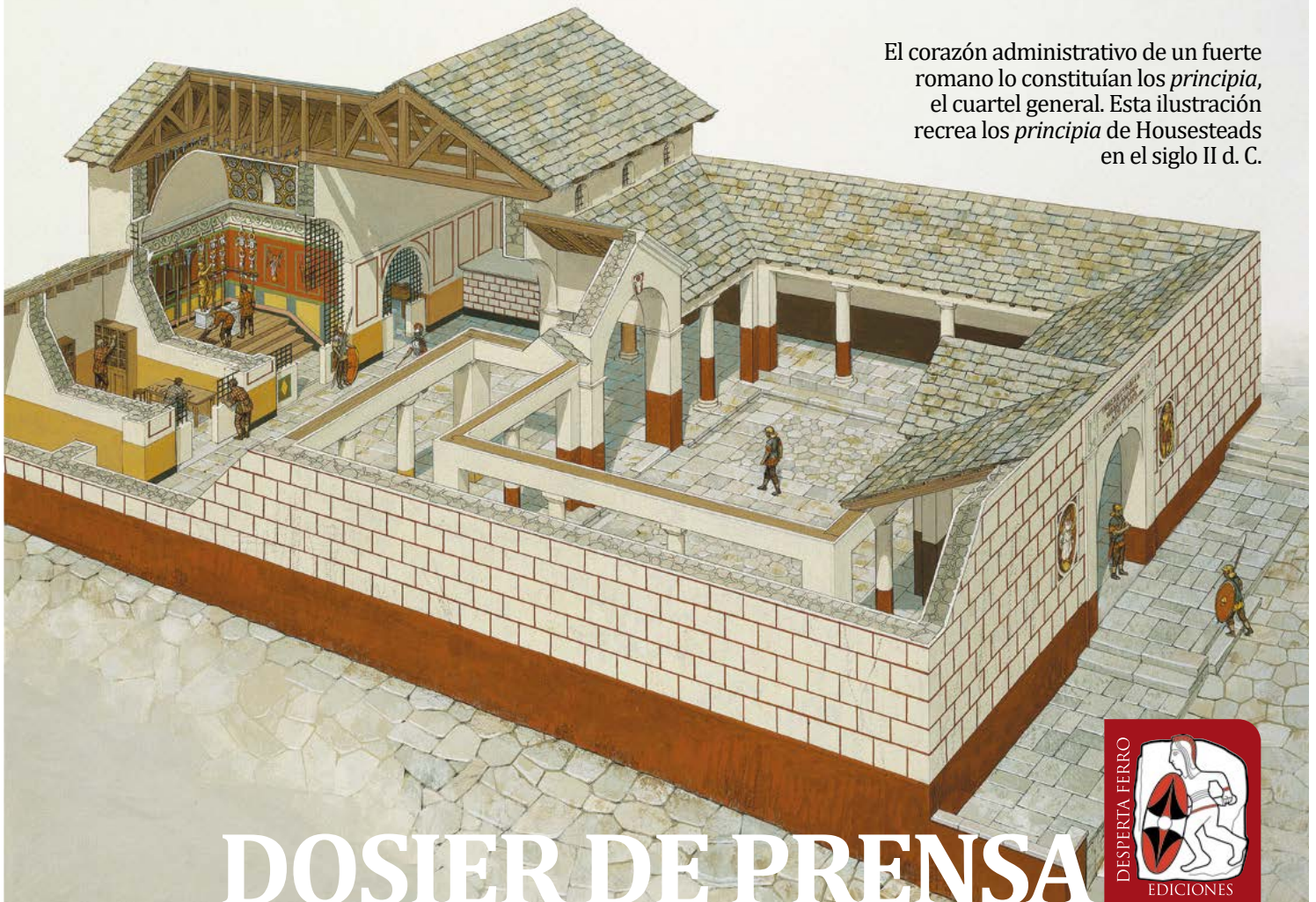
## CAPÍTULO 7

# LA VIDA EN EL MURO

La comida se distribuía cruda y sin procesar, por lo que eran los propios soldados quienes tenían que encargarse de, por ejemplo, moler el cereal hasta convertirlo en harina para poder cocinarlo. A menudo, los hombres que compartían habitaciones pareadas en los barracones llevaban a cabo este tipo de actividades en grupo, ayudados quizá por algún esclavo si es que lo tenían, o por sus esposas si estas vivían con ellos. De hecho, no existía nada parecido a una cantina o un comedor, por lo que los hombres debían compartir las dos comidas diarias (el desayuno, *prandium*, por la mañana; y la cena, *classicum*, al final de la jornada) en el interior de sus barracones o alrededor de ellos. El Ejército también les proporcionaba vino, que, por lo general, consistía en el amargo y avinagrado *acetum* o en la *posca*, aún más barata, aunque, al parecer, la cerveza (*cervesa*) llegó a ser más popular, sobre todo entre la soldadesca reclutada en el norte de Europa. Al respecto, merece la pena recordar una de las tablillas de Vindolanda, consistente en la carta que un decurión escribió a su prefecto para pedirle órdenes, al cabo de la cual añadió: «Mis camaradas soldados se han

quedado sin cerveza. Por favor, ordena que nos envíen un poco». Durante las campañas, en cambio, las galletas secas (*bucellatum*) y el tocino salado estarían a la orden del día.<sup>7</sup>

Cuando se podía, los soldados complementaban la dieta mediante la caza y la pesca, así como con la adquisición de ciertos productos adicionales como vino de mejor calidad, frutas, huevos, carne de diverso tipo, pescado y ostras. En definitiva, en los fuertes, los *vici* y las ciudades como Corbridge y Carlisle existía una amplia gama de alimentos disponibles. De hecho, entre las tablillas de Vindolanda abundan las solicitudes de permisos temporales, sin que sepamos en realidad si estos se referirían a excedencias prolongadas que permitirían a los auxiliares regresar a sus hogares en el actual Países Bajos, o meros pases para que los soldados visitaran algún pueblo de la vecindad y disfrutaran de las delicias locales. No olvidemos que, tras la construcción del muro, la población de toda la región creció de manera considerable, lo que puso aún más productos y servicios a disposición de los soldados habilidosos a la hora de administrar bien sus



El corazón administrativo de un fuerte romano lo constituían los *principia*, el cuartel general. Esta ilustración recrea los *principia* de Housesteads en el siglo II d. C.

pagas. Desde luego, los oficiales y sus familiares comerían mejor y manjares más exóticos que los soldados rasos. Sabemos por ejemplo que, en una de las tablillas de Vindolanda, el esclavo Severo le encomienda a otro esclavo llamado Cándido (propiedad del prefecto Genial) la adquisición de una serie de productos entre los que se mencionan los rábanos. En otra carta, de nuevo remitida entre dos esclavos, seguramente, se dan instrucciones para la compra de los bienes necesarios para mantener un hogar de gran tamaño, que incluye:

*Habas, dos modios; pollos, veinte; un centenar de manzanas, si logras encontrarlas de buena calidad; un centenar de huevos, o dos centenares si están a buen precio [...] 8 sextarios de salsa de pescado [...] un modio de aceitunas.*<sup>8</sup>

Si bien los militares de los escalafones inferiores no tendrían muchas oportunidades de permitirse tales lujos, sorprende la variedad de alimentos, bebidas y otros bienes que tenían a su disposición junto al muro de Adriano y en las demás fronteras imperiales. Ejemplo de ello es que la mayor parte de los soldados tenía varios calzados, lo que incluía las botas del uniforme, unos zapatos más ligeros para caminar por interiores y unas sandalias de madera para acudir a las termas con los suelos calefactados. La situación, desde luego, contrasta con la que se generalizó en la Edad Media, cuando la mayoría de la población no dispondría más que de un único par de botas, que no podían reemplazar hasta que se desgastaban. Por el contrario, incluso a finales del siglo I y principios del II, las tablillas de Vindolanda retratan una

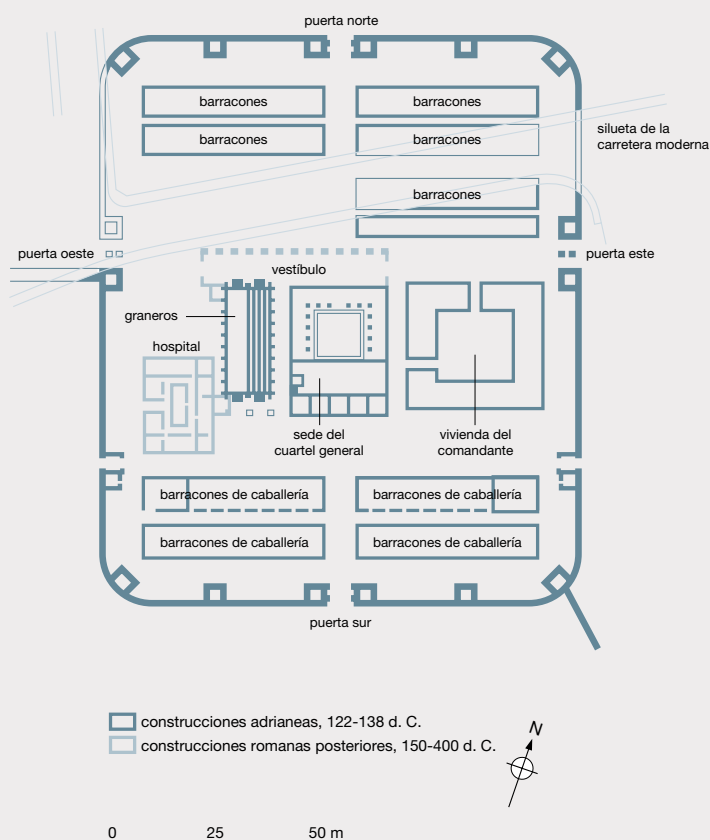
base militar estrechamente conectada con los circuitos comerciales a larga distancia que florecieron bajo los auspicios del imperio.

De hecho, los *vici* situados junto a los fuertes tenían tabernas en las que los soldados podían comer y beber, jugar a los dados y a juegos de tablero, apostar y, a buen seguro, contratar los servicios de prostitutas. En la comunidad civil que rodeaba Housesteads, las excavaciones han sacado a la luz dados trucados, vestigios de la fabricación de monedas falsas e incluso asesinatos, todo ello a escasos metros de las murallas del fuerte. Las personas asesinadas, por cierto, fueron una pareja de ancianos que acabaron enterrados bajo el suelo de una de las casas. En su momento, es probable que simplemente desaparecieran, pues sus restos permanecieron ocultos hasta la llegada de los arqueólogos. Y otro tanto cabe decir del muchacho cuyo esqueleto se descubrió bajo el pavimento de un barracón de Vindolanda.<sup>9</sup>

Sin duda, la vida junto al muro de Adriano podía llegar a ser descarnada y a menudo fue indecente y dura, pero tampoco debemos cargar las tintas al respecto, pues al fin y al cabo la zona estaba regulada por el Ejército. Sabemos, por ejemplo, que un comerciante golpeado por unos soldados se sintió capaz de presentar una queja ante un oficial de alta graduación de Vindolanda, es posible que el prefecto, sin duda porque creía que la gestión merecería la pena y obtendría del Ejército algún tipo de resarcimiento. La región atrajo a una auténtica multitud de civiles en pos de una vida mejor y muchos de los soldados licenciados optaron, asimismo, por establecerse en los territorios en los que se habían pasado media vida sirviendo. Así, por ejemplo, conocemos el caso de un tal Barates, un hombre oriundo de Palmira (una ciudad oasis de la Ruta de la Seda, en la actual Siria) que, o bien era un soldado en servicio, o bien era un veterano o acaso un comerciante que abastecía de estandartes al Ejército. En cierto momento, Barates adquirió una esclava llamada Regina («Reina» o «Reinita»), una britana de los catuvelaunos asentados al norte del Támesis, a la que tiempo después manumitió y tomó como esposa. Cuando la fémina murió, le consagró un ostentoso monumento en el que la representó sentada en un sillón de mimbre y vestida como una auténtica matrona romana. El texto grabado sobre la estela está mayoritariamente en latín, pero, al final de la inscripción, el dedicante añadió unas palabras en la recurvada escritura de su dialecto semítico natal: «Regina, la liberta de Barates, por desgracia».<sup>10</sup>

Como sugiere su nombre, el fuerte de Wallsend se encuentra justo en el extremo oriental del muro de Adriano, en el punto en el que este culmina a orillas del río Tyne, próximo a su desembocadura. Se construyó para alojar a una *cohors equitata* con una fuerza teórica de 480 infantes y 120 jinetes.

Wallsend





**Contacto y entrevistas:**

Guillermo Escribano - Comunicación

Tel. 616 404 434 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

